

LA FILOSOFÍA HELENÍSTICA

El término 'helenismo' procede del verbo griego *hellenízein*, que significa 'hablar griego' o 'actuar como griego'. Tanto *hellenízein* como *hellenikós*, *hellenismós*, *hellenistés* designaron a partir del siglo IV un género de vida civilizado que se ofrecía gracias a la educación a todos, fueran griegos y bárbaros, aun que no todos pudieran acceder a él al mismo tiempo ni en un mismo grado. Bajo estos términos subyace la idea de que la diversidad humana no nace de la raza o de la sangre, sino del hecho de participar en una cierta forma de vida civilizada que se adquiere mediante la educación.

El término 'helenismo' fue una denominación introducida en la historiografía contemporánea por J. G. Droysen en su obra *Historia del helenismo* (1836-1843) para indicar la significación propia y unitaria del periodo cultural iniciado con la muerte de Alejandro Magno. A partir de la obra de Droysen 'helenismo' es un término que hace referencia al periodo de la civilización griega, y más tarde, a la grecorromana, que comienza con la muerte de Alejandro Magno (323 a. de C.) y finaliza con la batalla de Leucopetra (146), aunque convencionalmente se extiende hasta la victoria de Octavio Augusto sobre Marco Antonio en la batalla de Actium el año 31 a. de C., la conquista de Alejandría y la constitución de Roma como capital política y cultural de Occidente.

Suelen admitirse, dentro de esta etapa de casi trescientos años, **varios períodos**: **el primero** va desde el 323 hasta el 280 a. C. y corresponde a la desintegración del imperio conquistado por Alejandro y la fijación territorial de las nuevas monarquías; **el segundo** se extiende de 280 a 168 a. C. correspondiendo con el apogeo de la civilización helenística, cuando varios reinos compiten en esplendor cultural, y concluye con la amenaza del poder conquistador de Roma, que se extiende a todo el Mediterráneo; **la tercera etapa**, del 160 al año 30, es una época de un sometimiento cada vez mayor al Imperio romano y de un empobrecimiento progresivo de lo griego al tiempo que despunta una mayor influencia cultural de Oriente.

Geográficamente pequeña y dispersa, la Grecia antigua había basado su desarrollo histórico en la polis, o ciudad-Estado. Una vez desaparecida la vieja monarquía, las nuevas *póleis* se convirtieron en unidades político-económicas de carácter autónomo, muchas de ellas sobre un territorio reducidísimo. La vida política se articuló desde entonces en torno al *polites*, es decir, al ciudadano en plenitud de derechos civiles que asumía, con distintas fórmulas constitucionales, la dirección de la vida pública. En el plano económico, la aspiración de cada *polis* consistía en llegar a ser autárquica. Con frecuencia, los celos entre las *póleis* acabaron estallando en conflictos armados. A veces, sin embargo, la concordia pacífica, o *homónoia*, y el ideal panhelénico tomaron cuerpo en alianzas contra un enemigo común, el Imperio persa. En sus mejores momentos, como con la democracia ateniense de los siglos V y IV a. C., la *polis* fue el símbolo de la civilización helena y futuro modelo para otros pueblos: todas las magistraturas civiles y los estrategas militares eran elegidos por la Asamblea, debiendo rendir cuentas de su gestión ante los ciudadanos de Atenas.

La debilidad crónica de la polis se fue agravando por problemas económicos internos, como la reducción alarmante de la producción minera, el empobrecimiento de los artesanos ante la irrupción en el mercado de mano de obra esclava y la desaparición progresiva de los pequeños agricultores, forzados a emigrar para sobrevivir. Pero el golpe de gracia lo recibieron las ciudades-Estado griegas del **rey de Macedonia Filipo II**, quien, por medios diplomáticos, explotó hábilmente su desunión y debilidad y posteriormente las aplastó con la fuerza de su gran ejército. Así quedó abierto el camino para el sueño del rey macedonio: la conquista del Oriente.

La realización del sueño imperial de Filipo correspondería, sin embargo, a su hijo **Alejandro**. **Alejandro** al mando de un ejército de 40 000 hombres, comenzó destruyendo las bases persas en el Mediterráneo oriental, se adentró en Mesopotamia, penetró más tarde en Persia donde derrotó a Darío y ocupó las ciudades de Babilonia, Susa, Persépolis y Ecbatana, hasta llegar a la India. Las fronteras del nuevo Imperio abarcaron entonces desde el mar Caspio y el Turquestán hasta el Alto Nilo, y desde el océano Indico al Mediterráneo. **Grecia quedó inevitablemente empequeñecida y empobrecida tras la conquista**. La emigración, la pobreza y el desarraigo social fueron hasta tal punto parte de la vida cotidiana que muchos podrían haber dicho, como Diógenes el Cínico, estos versos de un poeta anónimo: "*sin ciudad, sin hogar, privado de patria, pobre, vagabundo, intentando sobrevivir día a día*"

Cuando el año 323 a. C. muere Alejandro Magno, con sólo 32 años de edad, su vasto Imperio empezó pronto se agitó con enfrentamientos cada vez más profundos dentro del círculo de poder macedonio, que culminaron con la formación de las monarquías bajo las dinastías de los sucesores: **los Diádocos**. Ellas se repartieron el inmenso territorio conquistado por Alejandro. Así se instauró en Egipto la dinastía de los Ptolomeos; en Siria y la zona del Eufrates imperaron los Seléucidas; los Atálidas dominaron Pérgamo y el Asia Menor, mientras que en Macedonia y en Grecia se establecieron al fin los descendientes de Antígono. Estas monarquías basaron su poder en un sólido ejército mercenario y en una amplia burocracia estatal, con la desaparición de toda participación del ciudadano en la vida pública. En ellas no había lugar para leyes democráticamente elaboradas, sino únicamente para los edictos reales. Además los monarcas helenísticos legitimaron su poder absoluto con ayuda de la religión, mediante la instauración del culto al rey. **De este modo todo este periodo constituyó una profunda revolución, que trastornó el régimen social y las ideas y costumbres antiguas**. Con él desapareció la polis tradicional, que había inspirado la *República* de Platón y la *Política* de Aristóteles y Grecia quedó convertida en simple provincia de un vasto imperio. En los nuevos centros de poder político desapareció el sentido de vinculación a la metrópoli, que siempre había caracterizado las colonias griegas, y, al ampliarse el horizonte geográfico, se difundió el sentido el ecumenismo y el cosmopolitismo.

La característica principal del helenismo es la enorme expansión de lo griego como elemento civilizador. Los soldados, funcionarios administrativos y negociantes que se asentaban en Asia y Egipto, intentaron trasplantar las instituciones sociales de la Grecia continental. Una cultura común (arte, religión, literatura, filosofía y ciencia), es decir, como un modo de comprender el mundo, modificada por diferentes influencias en lugares distintos y, sobre todo, un lenguaje común, *koiné diálektos*, sirvió a la expansión del espíritu griego. **El griego fue la lengua la portadora de las**

ideas y los modos civilizadores de Grecia, que las tropas de Alejandro sembraron por todo el amplio espacio geográfico conquistado. Alejandro fue verdaderamente revolucionario al procurar la fusión de lo griego y lo bárbaro en una unidad civilizadora superior y al tratar de superar las habituales barreras de raza y de tradiciones locales hermanándolas armónicamente en una comunidad superior, con los ideales de la paideia helénica. Como decía Eratóstenes:

"Mientras que algunos aconsejaban a Alejandro tratar a los griegos como amigos y a los bárbaros como enemigos, él hizo algo mejor al dividir a los hombres en buenos y malos, es decir, según se dejasen o no guiar por las prescripciones de la ley, por las reglas de la educación y por las enseñanzas de los filósofos".

Pero, aunque lo griego fuera el elemento dominante en el periodo helenístico, no hay que olvidar que esta época está también caracterizada por la receptividad cultural de la cultura griega hacia otras culturas

"El elemento griego no se limitó a dar, sino que también recibió: especialmente su religión se amplió por el acceso a nuevas ideas y cultos orientales, y llegó incluso a transformarse por esa vía, mientras que, a la inversa, muchos orientales se asimilaban al mundo espiritual helénico. Ese recíproco dar y recibir no habría sido posible sin un instrumento de comunicación universal, que fue el *lenguaje griego internacional*, la llamada *koiné*, la lengua común. Con ella podían comunicarse los hombres en Gades o en Massilia con la misma facilidad que en Damasco o en Babilonia. En las cortes de los reyes partos y de los príncipes hindúes se representan tragedias griegas, y la comunidad judía de Alejandría hace traducir al griego sus escrituras sagradas porque no entiende ya el texto hebreo (es la versión llamada de los Setenta). También los escritos del Nuevo Testamento están redactados en griego. Con la ayuda de esta lengua todo el mundo podía asimilar la educación griega mediante la lectura de los poetas helénicos y de los demás escritores, o asistiendo a las escuelas de retórica o de filosofía que existían en muchas ciudades. Pues griego era ya, como dijera Isócrates, no sólo aquel que fuera heleno por su origen, sino también todo el que participara de la educación helénica" (Nestle, W.: *Historia del espíritu griego*)

La fusión entre civilización griega y mundo oriental, que caracteriza al período helenístico, encuentra en **la ciudad de Alejandría su símbolo por excelencia.** Fundada por el propio Alejandro Magno en el delta del Nilo, se convirtió durante el reinado de los Ptolomeos en el primer puerto del Mediterráneo y en rival de Atenas por su contribución a la ciencia y al arte. Con sus más de 500 000 habitantes, esta gran urbe mediterránea elevó la cultura helenística a su máximo esplendor: bajo dirección peripatética se creó el mayor centro científico de la antigüedad, el Museo, que albergaría a **los astrónomos, matemáticos, ingenieros, médicos y geógrafos más famosos de la época**, como Euclides, Arquímedes de Siracusa, Eratóstenes de Cirene y Aristarco de Samos; en ella se levantó **la más grande biblioteca del mundo antiguo**, con la que sólo podía rivalizar la de Pérgamo; allí gramáticos y eruditos iniciarían la publicación de ediciones anotadas de textos clásicos, de diccionarios y traducciones. **Entre éstas últimas la más importante fue la versión en griego *koiné* de la Biblia, conocida como la 'traducción de los Setenta', realizada por judíos alejandrinos helenizados.** A la vieja simpatía de los griegos por Egipto, en la que se mezclaba su admiración hacia una cultura milenaria y el gusto por lo exótico, y de la que dan testimonio, entre otros, Herodoto, Platón y Aristóteles, se añadía ahora su orgullo por verse reflejados ellos mismos en los mejores logros alejandrinos.

Desde el punto de vista filosófico se considera que el helenismo es una época y un estilo cultural que viene inmediatamente después de la desaparición de los grandes

filósofos griegos. A Sócrates le hereda Platón, a Platón Aristóteles, pero Aristóteles no tiene herederos cualificados.

El ciudadano, sin su polis, marco de seguridad, se siente huérfano, desconectado, inseguro. El sabio helenista buscará su salvación en la individualidad. Un honesto y decoroso **¡sálvese quien pueda!** seguirá a las grandes teorizaciones atenienses.

"La filosofía ya no es la antorcha con que se iluminan unos cuantos buscadores intrépidos de la verdad, sino la ambulancia que sigue la ruta de la lucha por la existencia y recoge a los débiles y heridos" B. Russell.

1. LOS CÍNICOS.

1. Significado de 'cinismo'. Cínico es el adjetivo que ordinariamente se usa para designar a una persona o un acto que muestra alguna forma de indiferencia hacia el esquema de valores aceptados por la sociedad en que uno vive. Suele usarse también el calificativo para referirse a quien acepta como verdaderos, sin sonrojo y con naturalidad, juicios de valor contrarios a su persona e intenciones, según los cánones de valoración usual. El *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua* define el cinismo como 'desvergüenza en defender o practicar acciones o doctrinas vituperables' y como 'imprudencia, obscenidad declarada'. El Diccionario inglés de Oxford define cínico como cualquiera que muestra disposición para dudar de la sinceridad o bondad de motivos y acciones humanas, y tiende a expresarlo con burlas y sarcasmos'

Desde un punto de vista etimológico, cínico es un nombre que proviene del adjetivo griego *kynikós*, que significa 'perruno'. Se aplicó a los miembros de un grupo filosófico para significar un modo de comportarse desvergonzado similar al de los perros. Se ha hecho también provenir este nombre con *Kynosarges*, ('el del perro raudó') lugar donde Antístenes, considerado como fundador del cinismo, dada sus clases, pero es poco probable tal derivación ya que, al parecer, ni Antístenes ni sus primeros discípulos fueron llamados cínicos.

El anotador de Aristóteles (*Comm. in Arist.*, XVIII, III, 2) resume en **los cuatro siguientes los sentidos en que puede tomarse la referencia a los perros en el apodo 'cínico'**: por su indiferencia hacia los condicionamientos externos (hubo cínicos que copulaban en público como los perros); el perro es un animal impúdico y los cínicos lo son tratando de sobreponerse al respeto humano; los cínicos, en su vigilancia de las ideas morales, serían como perros guardianes; el perro discierne, es decir, no muerde a quien conoce, pero trata de enemigo a quien no reconoce. Como ha escrito Ramón Pajares Box, parece que el escoliasta o comentarista de Aristóteles se refería al primer sentido, es decir, la indiferencia ante las convenciones sociales. Para un cínico eso era la virtud, la indiferencia. Precisamente por usar esa indiferencia los cínicos debieron tener a gala usar un distintivo consistente un término usado normalmente como injurioso. Parece también que los propios cínicos usaron el valor simbólico del término 'perro' para indicar la vigilancia incesante en la lucha contra las alimañas, símbolo de las pasiones, y en el reconocimiento de los auténticos amigos y enemigos sin dejarse

engañar por las apariencias. Pero es posible que teniendo en cuenta lo dados que eran a los juegos de palabras y paradojas, usasen el término 'cínico' en varios significados explotando todas las posibilidades de alusión que encierra el término.

En realidad, quien recibió por antonomasia el apodo de 'el Perro' y ha pasado desde la antigüedad como prototipo del cinismo fue **Diógenes de Sinope**. Su modo de vida perruna consistía en que tanto él como sus amigos mostraban la desvergüenza extrema de los perros cuando hacían en público aquellos actos que por pudor suelen hacerse sólo en privado, y no tenían el menor respeto hacia las instituciones y los objetos más sagrados de la comunidad. La justificación racional de semejante actitud estaba en que, al pretender como objetivo de su forma de vida una vuelta a la naturaleza y un rechazo de las convenciones y artificios de la civilización, debían tomar ejemplo del comportamiento de los animales.

Con el cinismo tardío llegó un momento en que el mote de cínico adquirió un sentido desfavorable, como deja entrever la obra de Luciano, al expresar la impudencia gratuita, el lenguaje mordaz e hiriente y el ascetismo vacío. Es la secta de los cínicos degenerados que solamente adoptaron los signos exteriores del movimiento y que proyectaron sobre él su infamia.

2. Caracteres del cinismo. Puede decirse que los caracteres más sobresalientes del movimiento cínico son los siguientes. En primer lugar el cinismo no fue un grupo cerrado y doctrinalmente definido. Los cínicos no fundaron ninguna escuela en un lugar fijo, como lo tenían otras escuelas helenísticas, ni edificaron una filosofía compleja que integrara una Lógica, una Física y Metafísica, ni una Ética con sólidos dogmas y refinados silogismos. Los cínicos expresan firmemente más convicciones que argumentos, es decir, su elaboración teórica es pobre pero firme su desafío y rechazo a las normas de la sociedad.

En segundo lugar el cinismo fue una forma de vida de un grupo de predicadores callejeros, unidos por el rechazo de las convenciones de la cultura y la urbanidad y por ideal socrático de someterlo todo a crítica radical a partir del reconocimiento de la propia limitación. Tomando los atributos del vagabundo, al margen de las convenciones y deberes de la ciudad, el cínico, con su burdo manto de estameña, el tribón, con su zurrón y su báculo, cruza la ciudad con una sonrisa desdeñosa y sardónica.

En tercer lugar la alternativa moral del cinismo es la vuelta a lo natural y a los valores de la libertad de acción y de palabra, la búsqueda de virtud individual, la conquista de la felicidad a partir de la autosuficiencia que da el ascetismo y el autodomínio.

En cuarto lugar, y desde un punto de vista político, los cínicos fueron rebeldes a la polis y sus convicciones, pero no revolucionarios. Predicaron la libertad radical del individuo, que no debe someterse a otras normas que las de su propia naturaleza, pero no una praxis encaminada al cambio político radical de las instituciones. La virtud o areté del sabio consistía en no reconocer otra patria natural que el mundo entero, ni otras leyes válidas que las de la naturaleza, y no aceptar los dioses ni las instituciones consagradas por la comunidad.

Finalmente, desde un punto de vista social, el cinismo fue una doctrina especialmente cercana a las clases populares, no sólo por la sencillez de la doctrina, asequible por tanto a todos, sino también por su oposición al refinamiento de todo tipo. En el credo cínico los marginados y desarraigados podían encontrar un fácil apoyo a una forma de vivir austera. Todo lo lleva consigo en su zurrón, vive en cualquier parte, se alimenta con poco, goza de la existencia y sabe burlarse del desasosiego irracional de los demás que se preocupan de nimiedades. Sus principales representantes, como Antístenes, Diógenes, Mónimo y Menipo, fueron de origen humilde.

Los largos nueve siglos de duración del movimiento, desde el siglo IV antes de Cristo en que Antístenes o Diógenes fundan la secta hasta el siglo VI después de Cristo en que vive Salustio el asceta, el último de los cínicos, hacen pensar más en considerarlo como una forma de vida para tiempos recios justificada con una filosofía social.

3. Los cínicos. Los principales representantes del movimiento cínico fueron Antístenes, Diógenes de Sinope, Crates de Tebas, Bión de Borístenes y Menipo de Gádara.

Antístenes (Atenas 450 a d. C.-365) suele ser considerado como el fundador de la escuela cínica. Fue discípulo del sofista Gorgias, y es posible que tratara a otros sofistas como Hipias y Pródico. Se hizo ferviente seguidor de Sócrates y escribió numerosas obras, algunas en forma de diálogos, que se han perdido en su totalidad. Lo esencial en la enseñanza ética de Antístenes viene, por tanto, de Sócrates. Según ésta el objetivo final de la existencia humana es vivir de acuerdo con la virtud; la virtud puede enseñarse, y una vez aprendida no se olvida; el sabio es el hombre virtuoso y feliz; la virtud es suficiente para la felicidad mientras que los bienes de la fortuna, tales como la riqueza, la belleza, los honores, etc., son secundarios; por alcanzar la virtud el hombre se esfuerza, y ese mismo esfuerzo es uno de los grandes logros de la vida; el placer sólo tiene algún valor cuando se desprende de la tarea esforzada y virtuosa; todas las pasiones y deseos deben ser controlados por el filósofo, que es un modelo de autodomínio; la autosuficiencia, verdadera excelencia, estriba en la virtud, que se consigue mediante el esfuerzo para toda la vida.

Diógenes (Sinope, 400 a. de C.- Corinto, 323 a de C.) es el cínico por excelencia. Entre sus obras, todas perdidas, hay diálogos, sátiras y parodias trágicas. El conjunto de títulos transmitidos por Diógenes Laercio es una lista de nombres de libros de atribución dudosa. Sus ideas no fueron muy originales, sino que más bien puede decirse que se caracterizaban por extremar las de su maestro Antístenes, en una progresiva depuración de las tesis socráticas sobre la autosuficiencia del sabio y de la virtud. Se atribuye a Platón la frase que lo definía como "un Sócrates enloquecido", que resulta de indudable acierto.

Diógenes es conocido ante todo por sus anécdotas y sus dichos. En torno a su figura se fijaron una serie de anécdotas, auténticas o inventadas, como las siguientes: no tenía patria ni casa, habitaba en una tinaja cerca del ágora, vestía el escueto y raído tribón, y, al ver a un niño beber de una fuente con las manos ahuecadas, arrojó su única propiedad, una escudilla de madera. Cuando el rey Alejandro se acercó a él y le ofreció lo que quisiera, Diógenes replicó: "Apártate y no me quites el sol". Su poca afición a las discusiones teóricas quedó recogida en la famosa anécdota según la cual oyendo al

eleático Zenón exponer sus aporías respecto al movimiento, se levantó diciendo: "El movimiento se demuestra andando", y se marchó. Son famosas algunas de esas sentencias y gestos, como el de que paseaba por Atenas de día con un candil en busca de un hombre, o el de haber encontrado en los baños mucha gente, pero ninguna persona, o haber visto en Esparta muchos estupendos muchachos, pero ningún hombre. La leyenda cuenta que Diógenes fue vendido como esclavo en la plaza pública, y que, al preguntarle el prego nero qué sabía hacer, contestó: "Gobernar hombres". Al ver pasar a un rico mercader, comentó: "Véndeme a ése. Necesita un dueño".

Diógenes aparece como un personaje de una desvergüenza absoluta mostrando en su manera de vivir su desdén por todos los lujos inútiles de la civilización y por los llamados deberes de la comunidad. Retorna a la vida natural, tomando como ejemplo a los animales. No admite la propiedad ni la familia, y encuentra en esa austera independencia y en esa libertad total de palabra y de actitud el camino hacia la dicha. Sólo admitía un orden justo, el de la naturaleza en el universo, y se proclamaba a sí mismo cosmopolita, es decir, ciudadano del universo.

Otros cínicos fueron Crates de Tebas fue discípulo de Diógenes y a su vez sería maestro de Zenón el estoico, Bión de Borístenes y Menipo de Gádara

2. LOS ESTOICOS

1. EL SENTIDO DE LA ESCUELA ESTOICA.

Es frecuente considerar al estoicismo como una filosofía en cierto modo decadente. Después de las grandes cumbres suelen venir las grandes depresiones, solía decir Ortega y Gasset. La tensión metafísica a la que se sometió el espíritu griego por la obra de Platón y Aristóteles, no era fácilmente sostenible y por tanto tenía que venir un descenso del nivel especulativo apareciendo las filosofías "prácticas".

En cierto sentido es verdad que las filosofías del helenismo son filosofías "decadentes". En el estoicismo es cierto que el nivel especulativo, el sistema conceptual, desciende respecto a las grandes construcciones metafísicas del siglo IV. De la filosofía como ocupación intelectual con el ser, con las Ideas, de una concepción en definitiva idealista se pasa a una concepción de la filosofía por completo diferente: no es sólo que esa filosofía sea **un materialismo** (lo cual tiene sus dificultades interpretativas), es que además esa actividad humana que es filosofar pasa a ser algo muy distinto: el filósofo no es ya el hombre que busca la sabiduría por sí misma, que hace del ideal teórico el modelo mismo de vida, sino que **busca la sabiduría para la vida**. La filosofía con el estoicismo se hace fundamentalmente ética, aunque, por supuesto, no solamente ética.

La escuela estoica fue fundada por **Zenón de Citio** al rededor del año 300 a. d. C. Empieza ahí la **Estoa antigua** que dura hasta el 130 a. d. C. aproximadamente. Desde el año 130 al 50 se establece un segundo período, **la Estoa media**. Por último, **la Estoa nueva o posterior** comprende el largo período que va del 50 a. d. C. al siglo III d. d.C. Aproximadamente cinco siglos de total vigencia es un período importante.

No resulta fácil explicar las razones históricas de tan larga pervivencia en las mentes antiguas, tanto griegas como romanas. En cierto modo tiene una explicación en el carácter **escolástico** del estoicismo. No se trata de una filosofía elitista, reducida a un grupo de iniciados, sino de una filosofía de amplia difusión, es decir, de **una filosofía social**.

Pero para que una filosofía se convierta en escolástica, es decir, en filosofía recibida y repartida, hace falta unas **determinadas circunstancias que lo posibiliten**. Pues bien, en el largo período que dura el estoicismo se dieron también unos condicionamientos que hicieron especialmente apetecible y asimilable tanto a esta filosofía estoica como al epicureísmo.

Según Paul Nizán, la época en que emergieron el epicureísmo y el estoicismo fue, tanto política como socialmente, de **una especial dureza**. Es cierto que Grecia había atravesado por momentos difíciles, pero esta es una época de anarquía interior:

"Entre el año 307 y 216 se suceden cuarenta y seis años de guerras y alborotos: el gobierno cambia siete veces de mano, los partidos se disputan el poder, y cada vez la política exterior de Atenas se altera notablemente. Cuatro veces un príncipe extranjero establece su mandato y modifica las instituciones. Tres movimientos de insurrección son sofocados sangrientamente. Atenas sufre cuatro asedios. Sangre, incendios, muertes, pillajes: es el tiempo de Epicuro"

Efectivamente es el tiempo de Epicuro y de Zenón. Las circunstancias son las mismas y a ellas van a tratar de responder estas filosofías. Los hombres se sienten perseguidos por los hombres y odiados o abandonados por los dioses. **El temor**, quizás la más arraigada de las emociones humanas, se agudiza en épocas como esta. **El hombre busca seguridad**. Uno de estos intentos de dar seguridad al hombre, de tranquilizar sus temores, fue la filosofía estoica. La pervivencia de estoicismo se explica así por ser **la principal doctrina moral que proporcionaba al hombre es ya seguridad en un mundo en crisis**.

2.- LA ÉTICA ESTOICA.

A pesar de que la filosofía estoica está primordialmente referida a la ética, a a práctica de la vida virtuosa, el imperativo de supera el temor obliga a buscar un fundamento a la moral. No basta aconsejar al hombre una conducta ascética, una vida virtuosa. Todo ello carecería de sentido **sin saber**, primero, qué es la naturaleza en la que el hombre está inmerso. De este modo la ética estoica **supone una física**, en la que se trata de dar esta visión de conjunto de la naturaleza como fundamento teórico para la práctica. Pero como este fundamento teórico puede estar sujeto a error, la física **supone un tratado de conocimiento** (la lógica) que garantice, mediante un criterio de verdad, la validez de las afirmaciones especulativas. De este modo la filosofía estoica se configura en tres partes: Lógica, Física y Ética. Al final prevalece la Ética estoica en la mayoría de los casos.

3.- EL IDEAL DEL SABIO ESTOICO.

El ideal estoico es vivir en consonancia con la naturaleza. Pero este ideal presenta un problema de envergadura ya que según la Física estoica la naturaleza está determinada por el Logos universal y en ella no parece haber sitio para la libertad y para

la ética. ¿Cómo puede haber una ética sin libertad? Esta paradoja de los estoicos es indudable y los intentos para solucionarla han sido siempre problemáticos. **Vivir conforme a la naturaleza consiste en adoptar dos actitudes:**

a) Una actitud negativa. Se trata de acomodarse a la naturaleza en su totalidad, **CONFORMARSE**, amoldarse a la ley universal, aceptar el destino como viene, (ya que no puede venir de otra manera es la mejor posible). Todo esto es propio del sabio y de aquí nace el principio estoico fundamental: "**¡Sufre y abstente!**"

b) Una actitud positiva. Vivir conforme a la naturaleza es vivir conforme a lo natural del hombre, su principio constitutivo más propio: **LA RAZON**. Vivir conforme a la razón es vivir una vida virtuosa. **El obrar recto se sigue del recto saber.** Hay en la ética estoica un intelectualismo de base, si bien este saber va encaminado a la práctica de la virtud, si bien esta es imposible sin la fortaleza de la voluntad. La ética estoica exige, de este modo, una ascesis de severa abstención: hay que superar los instintos y las pasiones para conseguir un auténtico vivir racional.

El ideal del sabio estoico es ser autosuficiente. El sabio es el hombre libre de afectos y pasiones. Su libertad es absoluta ya que puede aceptar el destino tal y como viene guiado por su razón. Pero puede también, en el caso de creerlo oportuno, quitarse la vida, con lo cual prueba que su libertad (en el sentido de negarse a cualquier imposición, incluso la del destino o "fatum") es total. Desde este punto de vista el sabio es **invencible**. Su invencibilidad reside sobre todo en **la total superación del temor**. El estoico desprecia la vida porque radicalmente no depende de él. Sólo cuenta para él la libertad interior, aquella a la que no puede llegar la dureza del mundo ni la de los otros hombres. De ahí su **AUTOSUFICIENCIA**.

Ideal del sabio estoico es la fraternidad humana. Los estoicos no se limitaron a una autárquica y en cierto modo egoísta autosuficiencia. Por la comunidad de todos los hombres en el Logos universal, llegaron a la conclusión de una universal fraternidad humana. Así los estoicos defendieron un ideal de Humanidad: la consiguiente **filantropía** y amor a todos los hombres, sustentados en ese parentesco universal.

EL ESTOICO Y DON TANCREDO

Por José Ferrater Mora.

"No me atrevería, pues, a sostener que la forma más adecuada para el estoico es la sentencia espinosista: no reír, no llorar, no alabar, no menospreciar, sino entender. No estoy muy seguro de que el estoico quiera verdaderamente entender. Lo que quería era permanecer quieto, incómodo, verdadero Don Tancredo intelectual, si es que, como ha dicho José Bergamín, Don Tancredo es la imagen viviente -o, mejor muerta- del estoicismo. El estoico era la contrafigura de Don Juan o de Fausto. El primero aspira a verter su humanidad por el mundo, después de haberla identificado con el "placer de ser humano". El segundo aspiraba a experimentar todos los embates de la experiencia sin limitarla. No, pues, como el estoico que, al modo de un personaje de una desolada novela contemporánea, basaba su seguridad "en el poder de limitar su experiencia arbitrariamente". La difusión de la propia humanidad, la ilimitación de la experiencia hubiesen sido para el estoico la manifestación de un fondo "turbado". No hubiesen sido ni siquiera pecado, sino pura locura. Esos hombres desorbitados, hubieran dicho los estoicos, no tienen en cuenta la insignificancia de nuestras vidas, no piensan que debemos medirlas no ya sólo con el patrón de la historia universal, sino con el del proceso cósmico. Con ello creían los estoicos conseguir una visión más amplia de su existencia; de hecho, adolecían de una incompreensión de la realidad. Pues puede que este pequeño percance que ahora me ocurre sea minúsculo y hasta ridículo frente a la historia universal. Pero este percance me pasa a mí, y a historia universal les pasa mas bien a los "otros" -a los

indiferenciados "todos". ¿Se trata de egoísmo?. Mejor decir de aceptación de una realidad que, por lo demás, no excluye la participación activa en los otros y en su historia. Los estoicos no pudieron comprender esto, porque olvidaron que la renuncia no es siempre una prueba de dureza; hasta puede ser una manifestación de cobardía. El 'carpe diem' horaciano, el 'collige, virgo, rosas' de Ausonio, el 'Cueillez dès aujourd'hui les roses de la vie' de Ronsard, el 'Coged de vuestra alegre primavera el dulce fruto' de Garcilaso, y otras recomendaciones análogas, pueden ser productos de la blandura. Pero muchas veces se necesita, para seguirlos, el valor de afirmar a propia voluntad y de no dejarse anegar por la zozobra. No es siempre cómodo, ni fácil, vivir en la inquietud del presente. Mejor parece entregarse a la seguridad del pasado o a la imaginación del futuro. Es lo que hacía el estoico; era incapaz de decir, como Octavio o a Don Diego, en 'El Burlador', de Tirso: "No vale fui, sino soy".

NUESTRO SENECA.

Por Luis Antonio de Villena (ABC. 20-12-1986)

Hay un hermoso bronce romano que es la cabeza de Séneca. Un hombre otoñal, como agitado y levemente despeinado, enjuto, barbado, afilados los rasgos, parece presa de una contenida turbación, y también como incendiado por una interior llama... (Los ascetas españoles del siglo XVI reclamaron a Séneca, quizá por ese fuego que le arrastraba hacia adentro, al **secum morari**, al habitar consigo, y desde luego porque era español asimismo.) Pero cuanto hemos ido sabiendo del Séneca histórico está muy lejos de ese Séneca arquetípico que los ascetas buscaban. Claro que Séneca nos seduce --como sólo un contemporáneo puede hacerlo-- precisamente por el prodigioso cúmulo de contradicciones que le forman y que él no intentó ocultar, sino compaginar, aunar, asumir. Quizá (como todo ser italista y activo) Séneca estuvo tentado por la totalidad. Y nada se objete, pues sólo un gran vitalista es capaz de profundos y constantes deseos de renuncia, y aun de vivir --si el caso llega-- la abdicación más total, a la que todo le empuja. Pues sólo un vitalista puede hondamente sentir el gran cansancio y la imperfección heridora de la vida.

Joven mimado por la fortuna, estudiante que alternó --con fruto-- viajes, libros y placeres (Séneca nunca se hurtó de ellos), inició un **cursus honorum** que parecía no querer, al tiempo que su labor de pensador y literato. Acusado por Mesalina --la mujer de Claudio-- de ilícitas relaciones sexuales con una dama imperial, fue desterrado a Córcega. Ocho años, de los que le libró la segunda esposa del emperador -- Agripina-- para hacerle maestro y tutor de su hijo Nerón. Séneca entra entonces --desde ese instante-- en una complicadísima red de poder e intrigas que le llevarían a oponerse (con A-franio Burro) a su antigua protectora, y durante un quinquenio (ya Cesar, Nerón) a ser poco menos que la eminencia gris del Imperio, redactando los discursos de augusto y pactando y gobernando paces, dineros y tensiones, lo que le conduciría a amasar una tan escandalosa fortuna, tantas tierras y bienes, que el propio filósofo hubo de asustarse. Sus enemigos rugían por doquier. Y sus libros --por estilo y doctrina-- resultaban sorprendentes y queridos ante todo por los jóvenes. El uno era barroco, conceptista, apretado de aforismos y bellamente numismático (es un estilo que podría recordar a Borges), y la doctrina --apartada de su vida-- exaltaba bellamente ideales estoicos y epicúreos, sin reclamar la escuela. Séneca nunca quiso dejar de ser rico, nunca desdeñó la delicia, despreció a la multitud, se quiso diferente y distinto; pero sus textos hablan de la verdad genuina y única del **hombre interior**, de la importancia del recogimiento, del valor de la pobreza y del desasirse para ser feliz, de la primacía del ocio noble...

Y en sus **Siete libros de cuestiones naturales** --además de inaugurarse como científico-- cantó con hermoso ímpetu la excelencia de lo divino y de su conocimiento, ese más allá enigmático y brillante que sería la sola patria --si posible--apetente y alentadora para el hombre...

Retirado en sus últimos años a la finca rústica --ya con el creciente desfavor de Nerón--, Séneca aguzó su estilo y enmendó su vida: **Las cartas a Lucilio** (casi el hermoso inicio del ensayismo moderno) y la frugalidad del **beatus ille**, pese a no desertar de la riqueza, aunque sí de su logro. Muy poco después, y causado de formar parte de la conjura de Pisón, Séneca fue obligado a darse muerte. Un hermoso final (Tácito lo narra, admirado, en sus **Annales**, él que no amaba a Séneca) que le ofrecía al filósofo una muerte socrática y de leyenda: abiertas las venas en un baño de agua tibia, resignado y sereno...

La grandeza de Séneca es innegable y enorme: la grandeza de la lucidez del talento, de la profunda comprensión del hecho humano: saber que el bien y la verdad viven dentro, que sólo el fértil ocio nos cumple, que la felicidad --muy compleja-- reside en el desasimiento, en la acomodación con lo natural. Conocer que la divinidad (o lo que queramos llamar así, ese palpito que nos supera y estimula) es el futuro y la tentación, y aun la realización del hombre. **Las cartas morales a Lucilio** son un texto

impresionante y clásico. Un humanista moral se alía sutilmente (necesariamente) con un estilista de cuño: continuo troquelador de sentencias compactas de significado.

Séneca produce al leerlo la felicidad de un clásico: por la imbricación de lengua y doctrina. Pero que el hombre no fuese el asceta que la tradición ha pintado (apenas se acercó a ello en sus ultimísimos años de retiro) ¿qué nos importa? O mejor aún: ¿No nos lo agranda o acerca? A mi si. Me gusta más que ese hombre lujurioso, avaro, sediento de poder, de dinero, de bienes, intrigador, vengativo, vividor y astuto, fuera --pese a ello-- todo lo demás: el moralista gigante, el conocedor de la caducidad de lo que apetece, el gran viajero de la cordura, de la belleza, de lo alto... ¿No es así más complejo --más hombre entonces-- y más próximo, más semejante a todos nosotros?

LA RETIRADA DEL TEATRO.

Lucio Anneo Séneca, **Carta LXXIV a Lucilio.**

Imposible es que nadie sea feliz si no se cura de esta debilidad; porque solamente es dichoso el intrépido, y no se vive con tranquilidad en medio de a desconfianza. El que se entrega a cosas que dependen de la casualidad se prepara muchos motivos de inquietud y turbación. **Un solo camino hay para ponerse en seguridad:** despreciar los bienes de la fortuna y colocar toda la felicidad en la virtud. El que cree que hay algo mejor u otro bien en el mundo, presenta voluntariamente la mano para recibir lo que la fortuna quiera darle.

Supón que **la fortuna hace juegos públicos** y que arroja entre los espectadores riquezas, honores y mercedes; una parte se rompe entre las manos de los que se los disputan; otra se reparte de mala fe entre los que estaban asociados; otra costó muy cara a los que a recibieron; otra cae sobre los que no pensaba en ella; alguna se escapa por el excesivo ardor en cogerla, y otra, en fin, la arrancan de las manos del que la había cogido con demasiada avidez. De todos los que han aprovechado el pillaje, ni uno solo se regocija por largo tiempo. De aquí procede que **los más astutos**, cuando ven llevar esta clase de presentes, abandonen el teatro, convencidos de que lo que vale poco suele costar algunas veces muy caro. No se viene a las manos con el que se retira; no se golpea a que se marcha, y solamente se combate en derredor del botín.

Otro tanto nos sucede diariamente con los dones que distribuye la fortuna: nos excitamos, nos apresuramos, quisiéramos tener más de dos manos; miramos en tanto al uno, en tanto a otro; nos parece que lo que deseamos tarda mucho en llegar, aunque sepamos que solamente pueden recibirlo muy pocos entre infinito número. Quisiéramos saltar al aire cuando cae. Experimentamos secreto placer en haber conseguido algo que los otros han perdido, y por escaso provecho sufrimos muchas incomodidades.

Retirémonos, pues, de estos juegos, dejemos espacio a los que se arrojan sobre las distribuciones y dejémosles mirar en suspenso esos bienes que están en el aire.

LA FORTALEZA INTERIOR.

Lucio Anneo Séneca, **Carta LXXIV a Lucilio.**

"Los bienes que a razón nos da son sólidos y perpetuos, no pudiendo perecer, ni decrecer o disminuir; los demás no son bienes sino por opinión, levan el nombre de verdaderos bienes, pero no tienen sus propiedades. Llámeseles comodidades, o, como se dice en nuestra lengua, productos; consideremos que no son más que accesorios y no parte de nosotros mismos; permitamos que habiten en nosotros; pongámosles en el número de las cosas más bajas que no merecen se les dispense honor. ¿Hay algo más necio que alabarse por un trabajo que no se ha hecho? **Que todas estas cosas nos sigan, pero que no nos adhieran, para que al desprenderse no nos causen herida. Utilicémoslas modestamente** y sin vanidad como depósito que hemos de devolver algún día. **No se goza por mucho tiempo cuando se goza inconsiderablemente**, porque la prosperidad desaparece por sí misma si no se la contiene. **Estos bienes constantes y ligeros en que se apoya la abandonan muy pronto;** pero aunque la acompañasen siempre, no sería más que para entristecerla. Pocos hay cuya felicidad termine suavemente; los demás se derrumban entre las ruinas de las cosas que les sostenían, y aquello mismo que les había levantado, sirve para precipitarlos. **Necesario es, por tanto, moderación.** El desorden disipa fácilmente las riquezas, y las mayores no duran mucho tiempo si la razón no cuida de ellas y las dirige. Prueba de esto encontrarás en la desgracia de tantas ciudades que fueron precipitadas del grado más elevado de su dominación y perdieron por el lujo lo que la virtud les había dado. Necesario es prevenirse contra estos reveses; pero como no hay

parapeto que pueda resistir contra la fortuna, **fortifiquémonos interiormente**, y si esta parte queda segura, podrá atacarse al hombre, pero no hacerle prisionero. **¿Quieres saber en qué consiste esta fortificación?** En que no se indigne jamás por nada que le suceda; que considere que los acontecimientos que parecen perjudicar sirven para la conservación del universo, y que pueden contarse entre las cosas que forman el conjunto y la variedad del mundo. **Queramos todo lo que Dios quiera**; agradezcámosle no poder ser abatidos por las adversidades, tener la fortuna bajo nuestros pies y saber dulcificar por la razón, que es más fuerte que todas las cosas, las desgracias, los dolores y las injurias: **Amemos la razón**: su amor nos servirá de escudo para sostener los combates más rudos. Las bestias salvajes, que a razón no podría domesticar a causa de su ferocidad natural, impulsadas por el amor de sus hijos se arrojan a través de los dardos. Algunas veces los jóvenes animosos para alcanzar gloria pasan entre espadas y hogueras. Se ven algunos que corren a la muerte por objetos que solamente tienen sombra de virtud; pero como la razón tiene más fuerza y constancia que todo eso, dominará también y con más vigor el temor y el peligro.

CONTRA LOS MEDICOS DEL ALMA.

F. Nietzsche, *La Gaya Ciencia*.

Todos los predicadores de moral y los teólogos incurren en la misma extravagancia: quieren todos ellos persuadir al hombre de que está muy malo, de que necesita una cura enérgica, radical, definitiva. Y como en todos los tiempos han dado los hombres oídos a tales maestros, al cabo algo de esta superstición de que son desgraciados ha llegado a incorporarse realmente a ellos, por manera que los vemos demasiado dispuestos a suspirar, a considerar la vida indigna de ser estimada y a poner todos mala cara, cual si la existencia fuese difícil de soportar. La verdad es que están furiosamente asidos a su vida y enamorados de ella, y que con mucha astucia y sutileza quieren destruir las cosas desagradables y sacarse la espina del dolor y de la desgracia.

Me parece que se ha hablado siempre con exageración del dolor y de la desdicha, cual si fuese de buen tono exagerarlos; y en cambio, se callan deliberadamente los innumerables medios que hay para abreviar el dolor, por ejemplo, los narcóticos o la actividad febril del pensamiento, o una posición tranquila, los recuerdos buenos y malos, las intenciones y las esperanzas, aparte de que, al llegar el dolor a cierto grado de intensidad, se produce espontáneamente el desvanecimiento. Tenemos recursos para atenuar nuestras amarguras. Un año a penas es daño por espacio de una hora, y en una u otra forma recibimos un don del cielo, por ejemplo, fuerza nueva o siquiera una nueva ocasión de adquirir fuerza. ¡Que de temas no han bordado los predicadores de moral sobre la angustia interior de los males! ¡Y cuantas mentiras no nos han contado sobre la desdicha de los hombres apasionados! Mentiras, sí, esa es la palabra, pues ellos conocían perfectamente la extrema dicha de esa clase de hombres, porque se la callaron porque era una refutación de su teoría, según la cual toda felicidad nace del aniquilamiento de las pasiones y del silencio de la voluntad. Cuando a la receta de todos esos médicos del alma y a sus recomendaciones de emprender una cura radical y rigurosa, séanos lícito preguntar: ¿es nuestra vida tan amarga y odiosa que ofrezca ventajas cambiarla por el estoicismo de una vida petrificada? No nos sentimos bastante malos para enfermar al modo estoico.

LA INHUMANIDAD DE LOS ESTOICOS.

De La Bruyere: *Los caracteres*.

El estoicismo es un juego de la inteligencia y una idea semejante a la República de Platón. Los estoicos han querido hacer creer que se puede reír en la pobreza, ser insensible a las injurias, a la ingratitud, a las pérdidas de fortuna, como a las de los parientes o de los amigos; mirar fríamente a la muerte y como a una cosa indiferente que no debe ni alegrar ni entristecer; no dejarse vencer ni por el placer ni por el dolor; sentir el hierro o el fuego en cualquiera parte del cuerpo sin proferir un suspiro ni derramar una lágrima: y al fantasma de virtud y de constancia así imaginado se le ha ocurrido llamar un sabio. Han dejado al hombre todos los defectos que le han hallado y no han destacado ninguna de sus debilidades: en lugar de hacer de sus vicios horribles pinturas que sirviesen para corregiros, le han dado la idea de una perfección y de un heroísmo de los que no es capaz y le han exhortado a lo imposible. Así, el sabio que el hombre no es, o lo es imaginario se encuentra naturalmente y por sí mismo por encima de todos los acontecimientos y de todos los males; ni la gota más dolorosa, ni el cólico más agudo podrían

arrancarle una queja; el cielo y la tierra pueden derrumbarse sin arrastrarle en su caída y él seguiría firme sobre las ruinas del Universo, mientras que el hombre que lo es en efecto pierde el juicio, grita, se desespera, echa chispas por los ojos y se queda sin respiración por un perro extraviado y por una porcelana que se hizo añicos".

3. LOS EPICÚREOS.

Epicuro de Samos dejó su patria, pequeña isla del mar Egeo, y tras un **"viaje de estudios"** por Jonia, se instaló en Atenas donde, con otros amigos, fundó la legendaria **Escuela del Jardín**. El Jardín para algunos historiadores actuales no pasaba de ser un humilde huerto de verduras y frutas, para otros era un lugar de orgía continua ("cerdo de los jardines de Epicuro"), para los más era un hito en el modo de vivir.

1. INTENTO DE SUPERAR LA SITUACION SOCIOPOLITICA DE LA EPOCA

Es necesario recordar la situación histórica de los siglos V a IV (Epicuro nace en el año 341) para reconocer la base explicativa del movimiento filosófico que personifica la figura de Epicuro. Las guerras médicas (490 y 485) habían puesto en la picota la antigua organización de Ciudades-Estado. Ante las dimensiones de los pueblos vecinos y el peligro de las guerras devastadoras, se impuso la necesidad de una mayor concentración de la población para su propia defensa. Este fenómeno ponía fin a la vida descentralizada y democrática de los grupos pequeños esparcidos por el campo. Tal concentración dio lugar al nacimiento de las grandes ciudades en torno a las cuales se unieron otras menores para constituir **ligas** cuyo poder hegemónico lo detentaron sucesivamente Atenas, Esparta, Tebas. Se instauraron consecuentemente nuevas relaciones políticas, sociales y económicas. Tuvieron lugar las famosas guerras del Peloponeso con el fin del poder de Atenas y el auge de Esparta. Esta a su vez caerá ante el poder de Tebas.

Pero lo más importante en este momento es destacar que todo ello significó a **ruina de la antigua conformación social, la aparición clara de clases con su intento de imponer regímenes políticos: democracia, oligarquía...** En definitiva, la novedad y sucesión de tan diversos hechos, con sus implicaciones sociales significó el naufragio total de las distintas concepciones en torno al hombre y su convivencia. Hay un vacío que todos intentan llenar. Sofistas, Sócrates, Platón y Aristóteles dieron respuestas a la demanda acuciante de ese no saber a qué atenerse con respecto a esa realidad. Los sofistas habían aceptado la situación con todas sus contradicciones mediante la profesionalización del ejercicio del poder. Sócrates había intentado la superación de la situación por medio de la regeneración moral de los individuos. Platón pretendía ofrecer una alternativa total y nueva con la búsqueda de nuevos principios fundadores de un orden nuevo. Aristóteles insistirá, aunque con innovaciones sustanciales, en el sentido de Platón.

2. LA POSTURA DE EPICURO.

Epicuro se presenta como el rechazo total a todos los últimos intentos de salvar, de garantizar organizaciones nuevas del Estado. **Es la negación total de lo político como estructura.** Se le ha acusado de apolítico, de despreciar el Estado, y de caer en una evasión de la sociedad para regresar hacia formas primitivas, casi salvajes, de los primeros hombres. Pero, **¿es cierta esta imagen según la cual Epicuro significaría el retroceso hacia estados ya superados en lugar de impulsar la marcha de la historia?**

El movimiento protagonizado por Epicuro hay que entenderlo como el intento de superar la crisis general no por medio de un nuevo montaje político, sino retrotrayéndose al fundamento, **siendo más radical**, es decir, **recuperando al hombre**, como única y auténtica base de todo lo político. Por ello su apoliticismo, en principio, tiene por objeto denunciar cómo las estructuras, el Estado, se habían contrapuesto, o puesto por encima de los individuos, hasta tal punto que se se negaba a éstos en favor de una forma concreta de organización. El punto concreto más inmediato de este ataque era Platón, quien buscando lo fijo y universal, y siguiendo a su maestro Sócrates frente al escepticismo y al individualismo de los sofistas, había llegado a desfigurar lo concreto-real, los individuos, polarizándose hacia un estado totalitario. Epicuro reacciona contra tal desvarío: la obsesión por crear modelos de convivencia y organización ha llegado a anular, a alienar, a negar a los hombres.

Por ello no es cierto que Epicuro pretenda volver simplemente a la naturaleza, a una situación idílica pero irreal y ya superada, sino que admite, por el contrario, una evolución necesaria e indispensable para alcanzar un estatuto propiamente humano:

"Pues desde que aparejaron casas, pieles y fuego, y la mujer unida al hombre se alojó en una morada... y conocieron la prole procreada por ellos, entonces, por primera vez, comenzó a suavizarse el género humano" (Lucrecio, *Sobre la naturaleza de las cosas*, V, 925).

Las etapas anteriores emparejaban al hombre con el animal e impedían la aparición de lo propiamente humano. Únicamente cuando se remontaron todos los momentos primarios de subsistencia y de aislamiento

"el género humano se sometió más espontáneamente a las leyes y al rigor del derecho, pues se hallaba cansado de pasar la vida en la violencia y se encontraba debilitado por las hostilidades" (Lucrecio, *Sobre la naturaleza de las cosas*, V, 1145).

Epicuro, pues, prevé y tiene como necesaria la convivencia e incluso la regulación de tales relaciones. Es más, él suscribiría la teoría de Aristóteles según la cual el hombre es un ser sociable. Pero lo que Epicuro va a negar contra todos sus contemporáneos es que esa sociabilidad haya de concretarse, de tomar forma en un Estado con leyes y poder coercitivo, con autonomía frente a los individuos. En tal caso, el Estado viene a ser la negación de los hombres. La aparición de partidos, de rivalidades, la imposición de constituciones, la detentación del poder por grupos, el ejercicio de la fuerza, etc. significan la destrucción de la propia naturaleza de los hombres y de su unión.

El impulso natural del hombre hacia la polis solamente puede concretarse, según Epicuro, mediante **un pacto**:

"La justicia no tiene existencia por sí misma, sino que se halla siempre en las relaciones recíprocas, en cualquier lugar y tiempo en que exista un pacto de no producir ni sufrir daño. Entre los animales que no pudieron hacer pactos para no provocar ni sufrir daños, no existe justo ni injusto; y así lo mismo sucede entre los pueblos que no pudieron o no quisieron concluir pactos para no dañar ni ser dañados. El derecho de naturaleza es signo de la utilidad de no producir ni sufrir recíprocamente daño" (Epicuro, *Sentencias principales*).

Este texto nos muestra que Epicuro defiende que el lazo entre los hombres es **un pacto**, establecido entre ellos para evitar el daño mutuo, cimentado sobre la amistad. Por ello el epicureísmo abogaría por una especie de Estado natural, nacido del contrato entre los hombres y, al mismo tiempo, trataría de diferenciarlo claramente de ese otro Estado más evolucionado con aparato propio de normas y poder coercitivo.

"Decía W. Blake: "Para el pájaro el nido, para la araña su tela, para el hombre la amistad". Esta concepción de la amistad como la esencia auténtica del hombre, y también de Dios, es el corazón de la doctrina que Epicuro había de comunicar a su época. Con este mensaje barrió todo un viejo mundo, como luego haría Rousseau en Europa en el siglo XVIII. Decía Rousseau: "Indudablemente, es espantoso haber conducido a los hombres a una situación en la cual no pueden vivir juntos sin hacer uso de la astucia, sin andar suplantándose, engañándose, traicionándose y destruyéndose unos a otros". Esto también lo deploraba Platón; pero su respuesta fue la imposición de un "justo" orden por la reducida élite de metafísicos entrenados, en un Estado rígidamente estratificado. Para Epicuro el remedio era peor que la enfermedad; él no buscaba un orden impuesto por un elemento exterior, sino por la aceptación voluntaria de un contrato de amistad, en lo cual también se anticipó a Rousseau" (Benjamín Farrington, *La rebelión de Epicuro*).

Así se puede deducir que para el epicureísmo habría **un Estado natural nacido de las propias necesidades que van surgiendo en el desarrollo de la propia humanidad**. Esta idea ya la vimos en Platón al estudiar su teoría política en la República. Pero el fallo de Platón estaría en haber pretendido crear y justificar una organización estatal que descansaba sobre una élite, imponiéndola a toda la población. Y aquí radica, justamente, el sentido y el esfuerzo de Epicuro: son los individuos, por pactos entre sí, los que determinan una forma de relación. Es un contrasentido otorgar la norma de justo o injusto a una organización burocrática, a un conjunto de leyes, al ejercicio de la fuerza activa contra y sobre los individuos. Así cobra relevancia y estricto contenido la acusación de apoliticismo que se ha hecho a los epicúreos; no se trata de apoliticismo, sino de primaria preocupación ética:

"La justicia no tiene existencia por sí misma, sino que se halla siempre en las relaciones recíprocas, en cualquier lugar y tiempo en que exista un pacto de no producir ni sufrir daño".

3. LA AFIRMACION POSITIVA DEL INDIVIDUO

Como hemos visto el apoliticismo de Epicuro no significa una evasión de la sociedad ni un enclaustramiento en lo individual. **Su sentido más profundo es la afirmación positiva del valor de los individuos**. Al mismo tiempo, y como consecuencia, la negación de cualquier tipo de realidad que conlleve la anulación de los hombres concretos. Su postura implica el rechazo de todo valor que se oponga o supere, negándolo, el hecho mismo de la vida. Epicuro pretende librar al hombre de los diversos poderes que le amarran e impiden la afirmación de su propio ser: Dios, el Estado, la ley de la naturaleza, como regulación fija y mecánica de la realidad total. El canto que entona el epicúreo Lucrecio retrata la fuerza y alegría de la vida individual liberada:

"Mientras la vida humana yacía en tierra, mísera a la vista, oprimida bajo el peso de la religión, que extendía el rostro por las regiones del cielo, atemorizando a los mortales con su horrible aspecto, un hombre de Grecia, el primero entre los mortales, osó elevar sus miradas contra ella y afrontarla: ni la fama de los dioses, ni los rayos, ni el cielo con su amenazador fragor, redujo en él, sino que excitó más el gallardo valor de su alma con el deseo de quebrar, el primero, los cerrados baluartes de las puertas de la naturaleza. Por lo que la vívida fuerza de su alma venció; y salió a recorrer a lo lejos, los flamígeros muros del mundo y todo el infinito con la inteligencia y el ánimo, de manera que, victorioso nos refiere que es lo que puede nacer y qué cosa no puede, y por qué razón cada ser posee un poder limitado y un término fijado en la profundidad de las cosas. Así, la superstición, pisoteada, es humillada a su vez, y la victoria nos eleva hasta el cielo...Pues, si debemos hablar como la misma reconocida grandeza de las cosas exige, un Dios fue él, un Dios, éste que primero halló la regla de vida que ahora se llama sabiduría, y extrajo con su arte, de tan furiosas tempestades y tan apretadas tinieblas, la vida con tranquilidad tan plena y tan clara luz" (Lucrecia, *Sobre la naturaleza de las cosas*).

Hemos visto bajo el epígrafe anterior el rechazo de Epicuro hacia el Estado.
Vemos ahora en la misma línea su rechazo de los dioses.

En primer lugar, la misma caracterización que se viene haciendo de los dioses muestra la inviabilidad de su actuar en el mundo:

"El ser bienaventurado e inmortal no tiene molestias ni las produce a otros, ni es poseído por iras o benevolencias: pues cualquier cosa de semejante naturaleza se halla en el débil" (Epicuro, *Sentencias principales*).

En segundo lugar, Epicuro establece una ligación entre lo religioso y lo político con distintas modalidades. Si el empeño primero de Epicuro se centró en evidenciar a contradicción entre Estado poderoso e individuo concreto, ahora se dirigirá a acabar con los dioses, soporte de los gobernantes. Esta idea estaba muy extendida y era reconocida por diversos autores en la antigüedad. Así es excepcionalmente significativo **el texto de Polibio:**

"Las masas populares de todo el Estado son volubles, llenas de deseos anárquicos, de furia irracional y de pasión violenta. Lo mejor que se puede hacer es mantenerlos sometidos por el miedo de lo invisible y otras ficciones. Por ello, no fue casual, sino intento deliberado, el que los hombres, desde antiguo, inculcaran en las masas nociones acerca de los dioses y opiniones sobre la otra vida"

En este sentido del texto de Polibio es significativo que en el año 307, el año en que Epicuro funda en Atenas la Escuela del Jardín, se apoderara de Atenas e impusiera su autoridad Demetrio Poliorcetes, quien además pretendió ser entronizado como un dios. Con razón, pues, tras echar abajo el Estado, era necesario hacer lo mismo con los dioses, garantía y fuerza del poder político.

En tercer lugar, otra dimensión de lo religioso es la suplantación de la ciencia por los mitos. El comienzo mismo de la filosofía está marcado por este afán de separar lo estrictamente racional con respecto a lo divino, sin por ello prescindir de éste último. Epicuro es más radical: "Para este fin (explicación de los hechos), no debemos recurrir nunca a la naturaleza divina". Esta inflexión es medular para todo el pensamiento filosófico. Con razón se fijó Marx en Epicuro: la teología no debe desplazar a la filosofía, la razón del hombre está protagonizada por Prometeo en lucha contra los dioses:

"La filosofía no oculta eso. La profesión de fe de Prometeo: "En una palabra, ¡yo odio a todos los dioses!", es la suya propia, su propio juicio contra todas las deidades celestiales y terrestres que no reconocen a la autoconciencia humana como la divinidad suprema. Nada debe permanecer junto a ella" (K. Marx: *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro*).

CARTA A MENECEO.

Epicuro.

1.- Invitación a filosofar. Que ninguno por ser joven vacile en filosofar, ni por llegar a la vejez se canse de filosofar. Pues no hay nadie demasiado adelantado ni demasiado retrasado en lo que concierne a la salud de su alma. El que dice que el tiempo de filosofar no le ha llegado o le ha pasado ya, es semejante al que dice que todavía no ha llegado o que ya ha pasado el tiempo para la felicidad. Así que deben filosofar tanto el joven como el viejo; éste para que, en su vejez, rejuvenezca en los bienes por la alegría de lo vivido; aquel para que sea joven y viejo al mismo tiempo por su intrepidez frente al futuro. Es, pues, preciso que nos ejercitemos en aquello que produce la felicidad, si es cierto que, cuando lo poseemos, lo tenemos todo y, cuando nos falta, lo hacemos todo por tenerla.

2. ¿Hay que temer a los dioses? Practica y ejercita todos los principios que continuamente te he recomendado, teniendo en cuenta que son los elementos de la vida feliz. Antes de nada, considera a la divinidad como un ser incorruptible y dichoso --tal como lo suscribe la noción común de la divinidad-- y no le atribuyas nada ajeno a incorruptibilidad ni impropio de la dicha. Piensa de ella aquello que pueda mantener la dicha con la incorruptibilidad. Porque los dioses, desde luego, existen: el conocimiento que tenemos de ellos es, en efecto, evidente. Pero no son como los considera la gente, pues esta no los mantiene conforme a la noción que tienen de ellos. No es impío el que desecha los dioses de la gente, sino quien atribuye a los dioses las opiniones de la gente.

Pues no son presunciones, sino vanas presunciones los juicios de la gente sobre los dioses, de donde hacen derivar de los dioses los mayores daños y beneficios. En efecto, familiarizados continuamente con sus propias virtudes, acogen a sus iguales, considerando extraño todo aquello que no les sea semejante.

3.- ¿Temor a la muerte? Acostúmbrate a considerar que la muerte no es nada para nosotros, puesto que todo bien y todo mal están en la sensación y la muerte es pérdida de la sensación. Por ello, el recto conocimiento de que la muerte no es nada para nosotros hace amable la mortalidad de la vida, no porque le añada un tiempo indefinido, sino porque suprime el anhelo de mortalidad.

Nada hay terrible en la vida para quien está realmente persuadido de que tampoco se encuentra nada terrible en el no vivir. De manera que es un necio el que dice que teme a la muerte, no porque haga sufrir al presentarse, sino porque hace sufrir en su espera: en efecto, lo que no inquieta cuando se presenta es absurdo que nos haga sufrir en su espera. Así pues, el más estremecedor de los males, la muerte, no es nada para nosotros, ya que mientras nosotros somos, la muerte no está presente y cuando la muerte está presente, entonces nosotros no somos. No existe, pues, ni para los vivos ni para los muertos, pues para aquellos todavía no es, y éstos ya no son. Pero la gente huye unas veces de la muerte como del mayor de los males, y la reclama otras veces como descanso de los males de su vida.

EL HEDONISTA.

Por Ph. Lersch: *La estructura de la personalidad*

La tendencia al goce adquiere un significado especial en la actitud del hedonista, para el cual el goce es el más elevado y exclusivo fin de la vida y en el que la aspiración al goce se transforma y degenera en pasión absorbente, en "manía". Si recordamos el cuadro psíquico global del hedonista del que O. WILDE ha dado un paradigma en la figura de Dorian Gray, notaremos en primer lugar que en él fallan todas las tendencias transativas, ya que su temática se concentra en la concienciación de sus estados cambiantes subjetivados. No conoce vínculos con cosas y personas, ni responsabilidad ni obligaciones frente a ellos. En las relaciones con las cosas esta actitud se manifiesta como ausencia de lo que podríamos llamar conciencia del rendimiento y de la tarea. Rechaza el trabajo, la producción y los deberes y exigencias que el mundo le plantea. Por eso al hedonista le falta capacidad de trabajo,

austeridad y dureza para consigo mismo; es opuesto al esfuerzo; la actividad y ocupación en algo le son extraños, es partidario de la comodidad por naturaleza. Su arbitrariedad y caprichosidad, la falta de compasión y la insensibilidad en sus relaciones con los semejantes se explican suficientemente por la circunstancia de que le falta la conciencia de una vinculación y un deber, como se pone claramente de manifiesto en la figura de Dorian Gray. Su imagen caracterológica muestra también claramente las relaciones del hedonista con el mundo del pensamiento: en éste no busca ni valora el contenido de verdad, sino la elegancia del ingenio y del humor; goza de la función de juego del pensamiento. Finalmente, un rasgo importante del hedonista consiste en que continuamente le amenaza el peligro del aburrimiento, del vacío interior, lo cual hace que la cuestión de crear nuevos excitantes constituya un problema fundamental de su vida. Así la imaginación sensual de un NERON se halla siempre ocupada creando nuevas posibilidades aun por medios que traspasan todos los límites impuestos por la consideración hacia los demás. El problema central del hedonista, de crear y renovar los excitantes, se explica porque los estados desencadenados por éstos se agotan rápidamente. Cuanto menos nos dejemos llevar por la tendencia al goce, tanto menos conoceremos la maldición del aburrimiento; el hombre dedicado al trabajo se aleja del aburrimiento en la medida que se diferencia del hedonista. Este es obligado por su impulso predominante a desarrollar una cierta técnica para la obtención de excitantes, lo cual explica su peculiar inconstancia; esta técnica es descrita por KIERKEGAARD como "cultivo alternante" de la siguiente forma: su particular secreto no consiste únicamente en variar en lo posible el suelo, sino sobre todo en variar permanentemente uno mismo". Este es el consejo que KIERKEGAARD da a los hedonistas para renovar las posibilidades de lograr estímulos en las cosas mantenerse siempre en e movimiento del goce. La máxima del hedonista es precisamente opuesta a la advertencia de KANT que se refiere, no a la desvalorización ascética del goce, sino que se inspira en el reconocimiento de su significado para la armoniosa economía de la vida psíquica: "Niégate la satisfacción (de la diversión, de la lujuria, del amor, etc.), pero no en el sentido estoico de querer prescindir por completo de ellos, sino en el finalmente epicúreo de tener en proyecto un goce todavía mayor. Este ahorro de tus sentimientos vitales a la larga te hará más rico aún cuando al fin de tu existencia hayas tenido que renunciar en gran parte a su satisfacción inmediata'. El que sigue estas reglas de vida dadas por KANT no es un hombre plenamente absorbido por la tendencia al placer, no debe calificarse como hedonista, sino como epicúreo".

4. LOS ESCÉPTICOS.

La palabra 'escepticismo' deriva del verbo griego *skeptomai*, que significa 'mirar cuidadosamente (una cosa o en torno de uno mismo), 'vigilar', 'examinar atentamente'. De ahí que 'escéptico' signifique originariamente 'el que mira o examina cuidadosamente, y 'escepticismo' sea entonces 'la tendencia a mirar cuidadosamente' antes de pronunciarse sobre algo o antes de tomar una decisión. La actitud escéptica se caracteriza, por tanto, por la cautela o circunspección.

El carácter peculiar del escepticismo antiguo dentro del conjunto de las doctrinas acerca del conocimiento lo fijó Sexto el Empírico cuando clasificó las doctrinas filosóficas en tres tipos: la de aquellos que creen haber descubierto la verdad o dogmáticos, como Aristóteles, los epicúreos y los estoicos; la de aquellos que suponen que no puede ser aprehendida la verdad, como los académicos; y la de aquellos que siguen investigando, como los escépticos.

El escepticismo como doctrina filosófica tiene, según escribe Ferrater Mora, dos aspectos: uno teórico y otro práctico. Desde el punto de vista teórico, el escepticismo es una doctrina del conocimiento según la cual no hay ningún saber firme, ni puede encontrarse nunca ninguna opinión absolutamente segura. Desde el punto de vista

práctico, el escepticismo es una actitud que encuentra en la negativa a adherirse a ninguna opinión determinada, en la suspensión del juicio, la 'salvación del individuo' y la paz interior.

De conformidad con la orientación general de la filosofía posaristotélica, **el escepticismo tiene por objeto la consecución de la felicidad como ataraxia**. Pero mientras el epicureísmo y el estoicismo ponen la condición de la misma en una doctrina determinada, el escepticismo pone tal condición en la crítica y la negación de cualquier doctrina determinada, en una indagación que ponga en evidencia la inconsistencia de cualquier posición teórico-práctica, las considere a todas como igualmente engañosas, y se abstenga de aceptar ninguna. La tranquilidad del espíritu, en la cual consiste la felicidad, se consigue, según los escépticos, no ya aceptando una doctrina, sino rechazando cualquier doctrina. La indagación es el medio para alcanzar esta denegación, y, por consiguiente, la ataraxia.

De ello resulta el cambio radical e incluso **la decadencia profunda que el concepto de la investigación sufre por obra del escepticismo**. Si se compara el concepto escéptico de la indagación, como instrumento de la ataraxia, con el concepto socrático y platónico de la investigación, el cambio y la decadencia resultan evidentes. Para Sócrates y Platón, la primera exigencia de la investigación es la de hallar su propio fundamento y su propia justificación, la de organizarse y articularse internamente, la de profundizar en sí misma, para reconocer las condiciones y los principios que la hacen posible. La investigación escéptica no busca esta justificación en sí misma. Le basta llevar al hombre a rechazar cualquier doctrina determinada y llegar así a la ataraxia. Por esto se nutre casi exclusivamente de la polémica contra las demás escuelas y se aplica a refutar los diversos puntos de vista, sin dirigir nunca la mirada a sí misma, al fundamento y al valor de su procedimiento.

No hay propiamente hablando una escuela escéptica antigua, sino una **corriente de opinión de carácter muy general** que discurre por muy diversas sendas y vericuetos, cada una de las cuales dio lugar a alguna especie de secta o sección filosófica. Por ello puede decirse que esta gran corriente se desparramó en la antigüedad por cuatro cauces principales: un escepticismo práctico o pirronismo, con Pirrón y su discípulo Timón de Flionte, el probabilismo académico de Arcesilao y Carnéades, la sistematización erudita de Énesidemo y de Agripa y el empirismo de Sexto Empírico.

a) El escepticismo de Pirrón de Elis y Timón. Con Pirrón de Elis (365-270 a. C.) empieza propiamente hablando el movimiento escéptico. A Pirrón se le puede considerar como el primer filósofo helenístico destacado, pues cuando Epicuro de Samos y Zenón de Citio empezaban a ser conocidos en Atenas, Pirrón era ya una figura de prestigio. Pirrón fue discípulo del democríteo Anaxarco de Abdera al que acompañó en la expedición de Alejandro Magno a la India.

Los escasos fragmentos que se recogieron de su enseñanza presentan a Pirrón como un pensador original respecto a los filósofos anteriores en sus teorías metafísicas y gnoseológicas y más continuista en sus teorías éticas, en especial con Demócrito y los cínicos. Es cierto que muchos problemas del conocimiento en que se fijó Pirrón ya habían sido reconocidos por filósofos anteriores. Los sofistas, por ejemplo, habían opuesto la naturaleza a la convencionalidad de las leyes y habían distinguido lo que es bien por naturaleza de lo que es bien por convención y Pirrón se acogió a esta

distinción, pero solamente para negar que haya cosas verdaderas o falsas, bellas o feas, buenas o malas, por naturaleza. Todo lo que se juzga tal, se juzga así por convención o costumbre, no por verdad y naturaleza.

Timón (320-230 a. C.) fue natural de Megara y discípulo de Estilpón y de Pirrón. En el año 275 se estableció en Atenas hasta su muerte. Ridiculizaba con frases ingeniosas y hasta groseras las opiniones de los filósofos exponiendo sus contradicciones y su incapacidad para llegar a la verdad. Solamente Jenófanes de Elea y Pirrón de Elis se escapaban de sus críticas. La propuesta de Pirrón de abstenerse de todo juicio era la única que a Timón le parecía racional.

b) El escepticismo medio o académico de Arcesilao y Carnéades. La segunda etapa en la historia del escepticismo griego está marcada, no por los pirrónicos, sino por la Academia. Se llama Academia nueva, según la denominación dada por Cicerón, al periodo de esta Escuela fundada por Platón que va desde Arcesilao hasta Filón de Larisa (escolarca entre los años 110 y 88 aproximadamente). La Academia nueva representa la evolución interna en la época helenística de los gérmenes escépticos presentes en la vieja Academia platónica.

Arcesilao (318-242 a. C.) sintió al parecer vivamente que la Academia hubiera perdido el entusiasmo original hacia una investigación desapasionada y no dogmática. Por eso durante su larga permanencia al frente de la Academia (273-242 a. C.) hizo que ésta recuperara el prestigio perdido y que renaciera el platonismo, pero no en el aspecto de su teoría de las ideas, sino en el uso del método dialéctico. Se nos dice que fue el primer académico que alteró el sistema transmitido por Platón y que, por medio de preguntas y respuestas, lo volvió más polémico. Quiso remedar a Sócrates; pero para ir más allá que el mismo Sócrates. Si Sócrates afirmaba que el hombre nada podía saber, aparte esto precisamente, el no saber nada, Arcesilao incluso negaba que esto se pudiera afirmar con seguridad.

Carnéades de Cirene (214-129 a. C.) fue un escolarca, discípulo de Hegesinos con el que la Academia nueva logró otro nuevo período de gran esplendor. Fecha clave en la carrera de Carnéades fue el año 155 antes de Cristo al ser uno de los filósofos escogidos, junto al estoico Diógenes de Babilonia y al peripatético Critolao, para representar a Atenas como embajador en Roma. Su tarea filosófica representa una continuidad respecto a Arcesilao aunque con originalidad propia en algunos puntos, una mayor elaboración constructiva y una crítica más sistemática al estoicismo. Así desde el punto de vista gnoseológico Carnéades rechazó por inconsistente el criterio estoico de verdad defendiendo la 'epokhé' como única alternativa válida. En el plano teológico atacó la idea estoica de divinidad, los argumentos sobre su existencia y su teoría de la providencia conducente a la conclusión absurda de que Dios no puede o no quiere cuidar de los seres humanos.

c) El escepticismo erudito de Enesidemo y de Agripa. La tercera fase del escepticismo está representada por Enesidemo de Cnosos (80-20 a. C.). Aunque nada se sabe de su vida se le conoce por los *Discursos pirrónicos* recogidos en la *Biblioteca* del bizantino Focio y por las referencias de su lejano sucesor Sexto Empírico. Dirigió la Escuela escéptica durante un período cuyos límites no son conocidos con precisión, pero que pueden centrarse en torno al año 50 a. C. Se sabe que Enesidemo dedicó una de sus obras principales al influyente romano L. Tuberón, gran amigo de Cicerón.

d) El escepticismo de Sexto Empírico. Se supone que Sexto accedió a la dirección de la Escuela Escéptica en los últimos años del imperio de Trajano, dirigiendo la escuela en un período que puede acotarse entre los años 110 y 140 d. C. De Sexto Empírico se han conservado dos escritos: los *Esbozos pirrónicos* en tres libros compendio de filosofía escéptica y *Contra los matemáticos*, entendiéndose por matemáticos los cultivadores de la gramática, retórica, la geometría, aritmética, astronomía y música. Contra estas ciencias van dirigidos los libros I-VI de esta obra. Los libros VII-XI van dirigidos contra los filósofos dogmáticos (lógicos, físicos y éticos). El punto de partida del escepticismo es la estructura de liberarse de la inquietud. Debe suponerse que este motivo condujo a ciertos hombres a buscar un criterio en referencia al cual pudieran fijarse la verdad y la falsedad y aunque fracasaron en esta búsqueda, consiguieron su finalidad última: "descubrir la liberación de la inquietud, como por azar, a consecuencia de suspender el juicio (acerca de la incompatibilidad propia de las apariencias y de los juicios)". De aquí procede la absoluta quietud y serenidad del escéptico que llega a una 'ataraxia' muy superior la prometida por el estoicismo ya que éste por ser dogmatista vive en el temor de que surja otro argumento razón que trastorne su certeza. El escéptico se ajusta a las leyes y costumbres ordinarias sin darles importancia. No se adhiere a nada ni se incorpora a ninguna secta. No es más que un observador, un buscador, un preguntador, que ni niega nada, ni afirma nada, ni define nada sino que suspende todo juicio. La razón de esta imposibilidad está en que los filósofos discrepan totalmente entre sí ya que no hay ninguna doctrina que sea sostenida unánimemente por todos. No hay ninguna infalibilidad humana. Además si se analizan los medios de conocimiento propuestos por los estoicos como la sensación, el signo, la demostración, el silogismo, las definiciones, etc. todos están viciados de la misma debilidad y ninguno de ellos conduce a la verdad. No hay ni criterio, ni signo, ni demostración para alcanzar la verdad.